

HOMILÍA – SOLEMNIDAD DE JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO CICLO “C” - 2013

El Año litúrgico termina con la solemnidad de Jesucristo, Rey del universo.

A Jesucristo, Rey del Universo, el poder, la gloria y la majestad para siempre, por los siglos de los siglos. Amén” (Martirologio Romano).

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

PREFACIO DE ESTA SOLEMNIDAD

Verdaderamente es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque consagraste Sacerdote Eterno, y Rey del Universo, a tu único Hijo, nuestro Señor Jesucristo, ungiéndolo con el óleo de la alegría, para que ofreciéndose a sí mismo como víctima perfecta y pacificadora en el altar de la Cruz consumara el misterio de la redención humana, y sometiendo a su poder la creación entera, entregara a tu majestad infinita, **un reino eterno y universal, el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz**

Por eso con los ángeles y arcángeles, y con todos los coros celestiales cantamos el himno de tu gloria diciendo: SANTO, SANTO, SANTO...

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

1.- Las Lecturas

*** Segundo Libro de Samuel 5,1-3.** David es elegido y ungido pastor y rey de Israel. El pueblo dijo: “somos hueso tuyo y carne tuya”. David reúne y conduce a su pueblo a la paz.

*** Salmo Responsorial 121.** Vamos alegres a la casa del Señor porque nos acoge y nos perdona, y nos sienta alrededor de la mesa de la Eucaristía.

*** Carta de san Pablo a los Colosenses 1,12-20.** El Padre nos ha trasladado al Reino del Hijo de su Amor. Este Reino no se fundamenta en la fuerza, sino en la debilidad. Cristo reconcilia la tierra con el cielo mediante su propia sangre, que es la sangre de la nueva y eterna alianza.

*** Evangelio según San Lucas 23, 35-43.** Jesucristo reúne a toda la humanidad y la guía a la salvación en el misterio de su Cruz. Uno de los que estaban crucificados con Él, le dijo: “¡Señor!, acuérdate de mí cuando vayas a tu Reino”. Jesús le dijo: “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso”.

2.- Sugerencias para la homilía

El prefacio de la Misa de Jesucristo, Rey del universo, presenta el reino de Cristo como un reino de “verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz”. Digamos unas pocas palabras sobre este reino.

2.1.- El Reino de la verdad

¿Dónde encontramos la verdad? La respuesta es clara: Jesucristo es la Verdad. Recordemos las palabras de Jesús: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Yo soy el camino que conduce a la verdad y que da la vida”. En una época de relativismo donde se dice que no hay verdad, que todos son opiniones..., es necesario reafirmar la verdad y acudir a Jesucristo que es la Verdad.

Pablo VI enseña a este respecto: “El Evangelio que nos ha sido encomendado es también palabra de verdad. Una verdad que hace libres y que es la única que procura la paz del corazón: esto es lo que la gente va buscando cuando le anunciamos la Buena Nueva. **La verdad acerca de Dios, la verdad acerca del hombre y de su misterioso destino, la verdad acerca del mundo**”, verdad difícil que buscamos en la Palabra de Dios y de la cual nosotros no somos ni los dueños, ni los árbitros, sino los depositarios, los herederos, los servidores” (EN 78).

Y añade Pablo VI unas palabras para cada uno de nosotros como evangelizadores y catequistas que debemos meditar: “de todo evangelizador se espera que posea el culto a la verdad, puesto que la verdad que él profundiza y comunica no es otra que la verdad revelada y, por tanto, más que ninguna otra, forma parte de la verdad primera, que es el mismo Dios (...) Pastores del Pueblo de Dios (...), el Dios de la verdad espera de nosotros que seamos los defensores vigilantes y los predicadores devotos de la verdad (...) Padres y maestros: vuestra tarea es la de ayudar a vuestros hijos y alumnos a descubrir la verdad, comprendida la verdad religiosa y espiritual” (ibd.).

2.2.- El Reino de la vida

El Reino de Jesucristo es el reino de la vida. ¿Dónde encontramos esta vida? La respuesta es clara: Jesucristo es la vida. Él lo ha dicho en

repetidas ocasiones. “Yo soy la resurrección y la vida”. “Yo soy la verdad y la vida”.

La vida humana hoy está amenazada en su origen, en su desarrollo y en su final. Es necesario defender la vida humana, toda vida humana en cualquier circunstancia en que se encuentre. Por eso rechazamos una vez más el aborto, la violencia, la guerra, el hambre, la eutanasia... Promovamos el respeto sagrado a toda vida humana con nuestras palabras, con nuestras obras, con nuestras actitudes y comportamientos...

Recordemos también estas palabras de Jesús: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo” (Jn.17,3).

2.3.- El Reino de la santidad

El Reino de Jesucristo es el reino de la santidad. Esta santidad ante todo es la santidad de Dios que es el “Tres veces Santo”, “el Santo por excelencia”. Jesucristo es el Santo de Dios; Él es el manantial inmenso de toda santidad. Cuando más unidos estemos a Cristo, más podremos participar de su santidad.

San Pablo nos ha dicho en la primera lectura de la Misa de hoy: “Dios nos ha elegido en Cristo antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo” (Ef. 1,3-5).

Esta Santidad la recibimos por la fe y por los sacramentos de la Iglesia. No demos la espalda a estas fuentes de agua viva, de gracia, de santidad... Recibamos los sacramentos con frecuencia, teniendo siempre bien dispuesta nuestra alma.

Esta santidad es una participación, en lo que es posible a la creatura humana, en la santidad de Dios.

Esta santidad implica también una dimensión ética ya que nos pide el compromiso a favor de la justicia, de la paz...

2.4.- El reino de la gracia

¡Qué palabras tan hermosas! Nos quedamos sobrecogidos cuando pronunciamos “el misterio de la gracia” o cuando lo escuchamos. Nos sentimos en la presencia de Dios que sale a nuestro encuentro y se nos da a nosotros. ¿Qué más podemos pedir?

¡El misterio de la gracia increada! La irrupción y la presencia del misterio insondable de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en el justo. Meditemos con fe y amor estas palabras sobrecogedoras de Jesús: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn.14,23). Recordemos con gratitud las palabras de San Pablo: “El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm.5,5).

¡El misterio de la gracia creada! (Concilio de Trento; decreto sobre la justificación; cap.7: “¿qué es la justificación del impío y cuáles son sus causas?”). Acojamos con amor y gratitud el don de Dios que nos transforma, nos renueva interiormente: “de enemigos nos hace amigos de Dios, de pecadores nos hace santos, de injustos nos hace justos”.

2.5.- El reino de la justicia

San Pablo nos transmite su propia experiencia como servidor del Evangelio de Jesucristo al decirnos: “no me avergüenzo del Evangelio que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree (...) Porque en él se revela la justicia de Dios, de fe en fe...” (Rm.1,16-17). Y en otro texto de esta misma carta, afirma Pablo: “la justicia de Dios por la fe en Jesucristo se ha manifestado para todos los que creen” (Rm.3,21-22). Dios es fiel a sus promesas de salvación. Acerquémonos al Señor para acoger la salvación por la fe. “En tu justicia, sálvame, Señor”. Os ofrezco este texto impresionante: “A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él” (IICort.5,21).

Hablar de esta justicia, nos lleva a decir unas palabras sobre la justicia humana. En nuestra sociedad, y en esta crisis actual, vamos conociendo a personas y a familias que se van quedando sin recursos... ¿Nos comprometemos de alguna forma para ayudarles y para aliviar su situación? Tengamos presente que la crisis produce empobrecimiento material, inseguridad, miedo, fracaso... Por eso, hemos de promover la ayuda entre familiares y vecinos y hemos de fomentar la acogida y el acompañamiento desde la comunidad cristiana. Potenciamos los servicios de Caritas y de otras Instituciones de la Iglesia a favor de los necesitados.

Ayúdanos, Señor a construir la justicia en este mundo donde tantos signos de injusticia existen. Ayúdanos a desterrar de todos la injusticia que hace sufrir a tantos seres humanos. Ayúdanos, Señor, a construir un mundo más justo, más fraterno...

¡Que nadie tenga que morir de hambre ni de sed!

2.6.- El reino del amor

San Juan nos transmite unas palabras entrañables y consoladoras para toda la humanidad: “porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna” (Jn.3,16; cf. IJn.4,9). Y en otro texto de su evangelio dice: “Jesús, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn.13,1). “En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos” (IJn.3,16).

San Pablo, por su parte, nos entrega su propia experiencia cristológica al decirnos: “Con Cristo estoy crucificado y, vivo, pero no yo,

sino Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál.2,19-20).

Ahora podemos entender por qué el Reino de Cristo es un reino de amor, y por qué el Señor nos dio el mandamiento nuevo de Jesús: “Que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn.15,12). “Que como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn,13,34-35).

Pertenecer y vivir en este Reino nos pide a todos que construyamos en este mundo la civilización del amor, que seamos testigos del amor de Dios y de Cristo para todos. Hemos de traducir este amor en obras de misericordia y de justicia, de compasión y de perdón para todos. No vivamos de espaldas ante nadie. Tendamos puentes de entendimiento entre personas, familias, pueblos, naciones. Recordemos las palabras de San Juan: “Si alguno dice: “amo a Dios” y aborrece a su hermano, es un mentiroso” (I Jn.,4,20).

2.7.- El reino de la paz

Recordemos estas palabras de San Pablo hablando de Jesucristo y de su obra pacificadora y reconciliadora: “Porque Cristo es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad (...), para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros que estabais lejos y paz a los que estaban cerca. Pues por él unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu” (Ef.2,14-18).

Un día Jesús proclama las bienaventuranzas, la “Carta magna del Reino de Dios”. Una de ellas es la siguiente: “bienaventurados los que buscan la paz porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt.5,9). Danos, Señor, un corazón bienaventurado donde no haya lugar para el rencor y el odio, para la violencia y la envidia. Llena nuestras almas de la paz y la misericordia...

“Dichoso yo, si al fin del día
un odio menos llevo en mí,
si una luz más mis pasos guía
y si un error más yo extinguí” (Oración litúrgica)

“Yo como el ciego del camino,
pido un milagro para verte.

haz de esta piedra de mis manos
una herramienta constructiva;
cura su fiebre posesiva
y ábrela al bien de mis hermanos
“Tú que conoces el desierto,
dame tu mano y ven conmigo” (Oración litúrgica)

Si miramos las naciones y los pueblos de la tierra, descubrimos, en no pocos, guerras, violencias, terrorismos, violaciones de los derechos humanos... Observamos que no pocas tierras están empapadas con sangre humana derramada injustamente... Recordemos las palabras que Dios dijo a Caín que acababa de matar a su hermano Abel: “Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo” (Gn.4,10).

¡Ayúdanos, Señor, a construir y edificar la paz en el corazón de las personas, en las relaciones matrimoniales y familiares, en la vida de los pueblos y naciones... ¡Que se caigan de las manos humanas las armas de la guerra! ¡Que vivamos en paz y concordia todos los días de nuestra vida!

“¡Padre nuestro,
que en los cielos estás, haz a los hombres
iguales: que ninguno se avergüence
de los demás; que todos al que gime
den consuelo; que todos, al que sufre
del hambre la tortura, le regalen
en rica mesa de manteles blancos
con blanco pan y generoso vino;
que no luchen jamás; que nunca emerjan,
entre las áureas mieses de la historia,
sangrientas amapolas, las batallas” (Oración litúrgica).

No nos quedemos en la mera contemplación del Reino de Dios.

Pidamos al Señor que nos ayude a hacer visible el reino de Dios en este mundo a través de los gestos de salvación y liberación que podamos realizar con su gracia.

Anunciamos y anunciaremos tu Reino, Señor... en la esperanza de que, un día, cuando nos llames de este mundo, Tú nos acojas y nos llesves a tu Reino eterno, donde seremos eternamente felices. Amén.

Sigamos participando en la Eucaristía, que es el banquete del Reino.

Terminamos. Unidos en la oración, unos por otros.
Cáceres, 18 de noviembre de 2013.

Florentino Muñoz Muñoz